
C U A D E R N O S
D E L A
D I Á S P O R A

Nº 17

MAYO-NOVIEMBRE 2005

EDITA ASOCIACIÓN MARCEL LÉGAUT

Cuadernos de la Diáspora

Nº 17. Mayo-Noviembre 2005

Revista semestral de la Asociación Marcel Légaut.

El precio del ejemplar sencillo es de 9 €

La suscripción anual (dos números sencillos o uno doble) es 18 €

La Asociación acepta sugerencias de colaboración y cuotas de apoyo superiores a la suscripción, para poder difundir más la revista y las obras de Légaut.

Redacción y Administración:

Mario Águeda, Fernando Cuervo-Arango y Domingo Melero

C/ Canal de Isabel II, 9-1º-C

E - 28700 - San Sebastián de los Reyes (Madrid)

Tel.: +34 916 638 504

E-Mail: magueda@tinet.org; dmelero@tinet.org

fcopycom@copycom.com

Traducción y preparación de los textos:

Juan Carlos Elvira, Domingo Melero,
Juan Antonio Ruescas.

Impresión:

COPYCOM

San Romualdo, 26

28037 Madrid

Tel.: 91 375 65 80

copycom@copycom.com

ISSN: 1135-2256.

ISBN: 84-923330-4-8.

D.L: V-2026-1995

SUMARIO

PRESENTACIÓN 7

TEXTOS DE MARCEL LÉGAUT

«Voy a hablaros de mi libro, aún en gestación...» (1966) . . 13

Cumplimiento espiritual y santidad 37

OTROS TEXTOS

El «Caballero de la Fe» en Kierkegaard y Unamuno.

Selección de fragmentos comentados

Juan Antonio Ruescas 61

SUMA DE POQUEDADES

Consideraciones en torno a la familia y el cristianismo

Antonio Duato Gómez-Novella 101

El pulidor de nubes

Joaquín Bayona 121

El caso Légaut. Reflexiones sobre la fe

Domingo Melero 127

ya milicia no fue belicosa después de muerto como la de «san Diego Mata - moros», figura harto indicativa del ideológico y combativo imaginario católico que campea por estos pagos desde hace siglos. Dice Cervantes por boca de Don Quijote a cerca de san Pablo:

«caballero andante por la vida y santo a pie quedo por la muerte, trabajador incansable en la viña del Señor, doctor de las gentes, a quien sirvieron de escuelas los cielos y de catedrático y maestro que le enseñase el mismo Jesucristo» (II, 58) (4).

Pero pasemos ya a la «Suma de poquedades» de este número. En primer lugar, presentamos un importante artículo de Antonio Duato que dará que pensar. Como su autor indica al final, lo escribió teniendo muy presente a Légaut junto al P. Voillaume, fundador de los hermanitos de Foucauld, que acababa de fallecer poco antes de escribirlo. El artículo se publicó hace un año y medio en Iglesia Viva (5) y nosotros hubiéramos querido sacarlo en el Cuaderno anterior. Como veréis, se escribió todavía durante el pontificado del papa Wojtyła; sin embargo, la actualidad de sus temas sigue ahí...

Muy distinto por su género literario es el breve relato de Joaquín Bayona. Sin embargo, también veréis reflejado en él el misterio de la «paternidad de llamada». Joaquín Bayona es pintor, por eso hemos acompañado su relato con la reproducción de dos cuadros suyos. Este relato, por cierto, llegó a nuestras manos por casualidad, por la amistad que nos tenemos –como con su padre–, y porque, desde hace unos años, seguimos su búsqueda de autoco- nocimiento tanto a través de la pintura como de la escritura, de la que este relato es una muestra.

Por último, publicamos un trabajo de Domingo Melero sobre la fe “se- gún” Légaut. El comienzo del título de dicho trabajo («El caso Légaut») sólo es judicial metafóricamente pues, de suyo, es un pequeño homenaje al premio Cervantes de este año, Rafael Sánchez Ferlosio, cuyos «casos» (sobre todo, el «caso Manrique» y el «caso José») son de las prosas de ideas más notables en castellano de los últimos decenios. Este trabajo está, en cierto modo, en conti- nuidad con otros suyos de Cuadernos anteriores: con motivo de la muerte de Légaut, sobre Monsieur Portal y a propósito de «La llamada apostólica»,

(4) *El pensamiento de Cervantes*, Barcelona, Noguer, 1973, pág. 300.

(5) *Iglesia Viva*, n° 217, enero-junio 2004, págs. 47-62.

EL PULIDOR DE NUBES

Joaquín Bayona

Al observar detenidamente el extraño vuelo de aquel papel, tuve la impresión de que acabaría llegando hasta donde yo me encontraba, y, sin saber por qué, presentí que traía un mensaje fuera de lo común, o así lo quiso creer un espíritu atrapado por la rutina, por un triste día de lluvia y de viento. Entonces lo leería...

Pero el papel volvió de pronto a ser parte de la ciudad, y voló como vuelan todos los papeles. Lo vi alejarse poco a poco, mecido a veces, zarandeado otras, girando caprichosamente sobre sí mismo, hasta perderlo de vista tras unos tejados. Deseé verlo remontarse de nuevo pero no lo hizo. Con la sensación de haber perdido algo, me pregunté qué mensaje me hubiera gustado recibir.

Un día, mi amigo Mau se encontró un paquete de cigarrillos de la marca que solía fumar su padre. No era una marca corriente y se lo encontró en uno de esos días bajos. Para él, aquello era un mensaje. Siempre encajaba el mensaje con algún vacío de su vida. Era su manera de llenarlos, de acallar su silencio, insoportable a veces, y siempre absurdo. Así conjuraba sus pérdidas irreparables. Todavía las conjura.

También yo tenía un vacío que no lo llenaba ningún mensaje. Por eso mi imaginación juega con el murmullo del mar, con el sonido del viento en la noche, con un papel que vuela... y algún día de viento y lluvia veo los ojos cálidos y el ceño fruncido de mi padre tras el cristal, esperando unas palabras mías que no llego a escuchar.

Su encierro voluntario en el silencio era un signo de lo mucho que tenía por decir. Ahora lo veo más claro que nunca. Quisimos creer que era un hombre de pocas palabras pero no lo era. Las tenía preparadas entre su corazón y su boca, listas para una ocasión que

no llegaba porque la vida corría demasiado deprisa a su alrededor y él tenía todo el tiempo del mundo, todo el tiempo del mundo que, al final, resultaron ser cuatro días contemplados desde sus dos atalayas: su sillón y el mar. Calderilla tras una vida de trabajo y resignaciones.

Todavía lo veo, y creo que lo veré siempre, sentado en su sillón retando al tiempo con su gesto grave, quieto ante un libro abierto y su diccionario. Era en esos momentos cuando su ceño se fruncía más, delimitando un espacio que, aunque parecía inquebrantable, era una llamada continua: «Estoy aquí, atascado en un gran problema, luchando sólo contra una montaña de misterios. ¿Acaso nadie va a preguntarme qué leo, a interesarse por mi lucha callada?» Sólo el Kibo, echado a sus pies, parecía entenderle cuando dejaba caer la cabeza después de mirarle, exhalando algo parecido a un suspiro.

Alrededor de mi padre salían vacías y volvían llenas las cestas de la compra, se sucedían los aromas de comidas y cenas, nuestros trabajos, amigos y amigas, las prisas para ir a la discoteca, el olor a colonia y ese rayo de sol que a diario se alargaba y se acortaba en el salón.

Parecía tenerlo todo, pero sólo lo tenía a su alrededor, sin ser él el centro de nada, ningún camino llegaba a sus puertas. Y acabó cerrándolas. El que tiene orgullo espera ser rescatado cuando su soledad ondea en lo más alto, allí donde es casi imposible no verla. ¡Cómo me duele ahora no haber roto para siempre aquel silencio! Un soplo hubiera bastado para echar abajo sus muros, pero parece que nadie tenía tiempo.

Su otra atalaya, el mar, no le dio las aventuras que él soñaba y que yo intuía por la forma en que miraba los barcos. Sin embargo, le colmó de claros días de pesca que llenan los ojos de azul, de noches calmas de farolillo y rocas, de charla y mar negra, y de amigos de verdad, porque una afición compartida es como una alianza que convierte dos maneras de ver el mundo en una sola. Poca cosa más se le podía pedir al mar desde tierra, pero el mar aún le dio una go-

rra negra de capitán, una camiseta a rayas y el placer de ser observado con admiración a la hora de lanzar o en el momento supremo de pescar algo: dos actos que él hacía solemnes.

Es curioso que las rocas del puerto y su sillón en casa sean, básicamente, los dos lugares en los que su presencia permanece más intensa. Para mí, la vida configura el paisaje, lo enriquece o envilece según se asienta un hombre en él. Por eso nunca podré ver su sillón vacío, ni habrá pescador ni roca ni brisa salina que no me traigan su paciente presencia.



Marina. Joaquín Bayona

No era el mismo hombre el que volvía a casa que el que pasaba el día pescando entre amigos. Algo tenía del explorador que regresa al hogar sabiendo que las horas más brillantes quedaron atrás. Cuando vaciaba el cubo de los peces, tesoro arrebatado más al tiempo que al mar, yo me acercaba con curiosidad y él la satisfacía con más detalles de los esperados. No tardé, a fuerza de hacerse habitual, en ir perdiendo interés por lo que traía o dejaba en el mar, y esos pequeños contactos, que para él eran una recompensa, fueron distanciándose poco a poco hasta que un día se terminaron.

¡Qué fácil resulta dejar pasar los días como si nunca se fueran a acabar, hasta que de pronto hay uno que es el último, y esa persona que ha estado siempre con nosotros deja de estarlo y su vacío se llena de presencia, de una presencia en carne viva! Entonces nos damos cuenta del tremendo error que fue no haberle dicho todo lo que él hubiera querido escuchar. El tremendo error del silencio. Y es también entonces cuando nace una herida que no cicatrizará: la herida del tiempo sin haber hablado. Y brotarán los actos y las palabras que, brutalmente, sin saber cómo, ya sólo pertenecen al deseo y a la fantasía, dos fantasmas que jamás llegarán a quien van dirigidos.

¡Por cuántas edades se pasa hasta aprender algo tan sencillo! Recuerdo que de niño me fascinaba hasta el crepitar de la arena bajo sus zapatos. Entonces todavía él era grande a mis ojos y yo andaba pisando como él, intentando lograr ese ruido que para mí tenía algo de música. Me gustaba su camisa blanca remangada al sol, sus brazos velludos y morenos y su porte decidido y valiente. ¡Quién pudiera crecer sumando a la mirada del niño el paso de los años sin borrarla nunca! ¡Qué hermoso guardarla detrás de cada mirada, cuando ya el mundo va dejando de ser el perfume de la fantasía!

Después llegó la adolescencia, y mi padre se fue difuminando como ocurre con los dibujos antiguos. Sólo con el tiempo, y de forma espaciada, mis sentimientos se fueron haciendo más profundos y empecé a valorar su entrañable humildad y esa humanidad que podía captarse al desnudo tan sólo con mirarle a los ojos. Entonces creía que siempre estarían allí, repitiéndose como el rayo de sol en

el salón. Pero no fue así. Me dijeron que levantó los dedos en señal de victoria antes de entrar en el quirófano y, aunque carecía ya de la fuerza y del moreno de sus brazos, en ese gesto se condensó el hombre valiente de mi infancia, cuyos zapatos hacían crepitar la arena como si fuera música, música callada del hombre que pisa la tierra con respeto.

Todo fue demasiado rápido: una llamada, un avión... pero no llegué a tiempo para estar en sus ojos antes de que los cerrase. Si alguien tiene la convicción de vencer, como la tenía mi padre, apenas hay lugar para la duda o el miedo, pero por si en algún momento éstos hubieran encontrado sitio en su hombría, me hubiera gustado formar parte de la alegría de su victoria confiada y no dejar vacío ese espacio antes de la despedida.



Ausencia. Joaquín Bayona

Hoy me asomo a ventanas por donde pasan las nubes. Me gustaría que mi amigo Mau tuviera razón, que sus castillos se sustentaran en la vida y dejaran de estar hechos con el frágil cemento de los sueños. Hubiera deseado que aquel papel llevara algo escrito y que hubiera volado hasta pegarse en mi ventana: “Hijo, soy tu padre. Cuando acabes de trabajar te estaré esperando en la puerta”. Éste es el mensaje que me hubiera gustado recibir. Sé que ya es tarde para la esperanza. Sé que es tarde aquí y allá. Pero no me resigno a que, en mi recuerdo, camine sin mí pues también yo estoy hecho con el frágil cemento de los sueños.